

# *Juntacadáveres*

## Transcripción lineal de los tres primeros capítulos manuscritos

### **Criterios**

[ ] Para agregados de los transcriptores

Sss Tachaduras

<sup>sss</sup> Las inserciones, en superíndice

[ileg.] Palabras ilegibles.

Las páginas del manuscrito aparecen entre corchetes de la [0] a [38]

Tapa del Cuaderno

Prostíbulo

Pasado a máquina

[0] Cara interior de la tapa

Terraza de las audiencias

[0 bis b] Guarda, verso.

..... pidiendo estos gerundios  
..... más de la fuerza y el amor,  
.....za en el manejo que no altera  
ni empaña. Pidiendo aciertos y un es-  
tilo para los errores; ser aquí y allá

Ave María

llena eres de gracia

El Señor es contigo

Bendita tú eres entre todas las mujeres

y bendita el fruto de tu vientre

Jesús. \_\_\_\_\_

Extiéndase la alegría y penetre  
como polvo de malicia, dicha  
ferocidad (dientes entre sonrisas y  
la rabia)

[1]

Los diálogos, espacios para respirar

Un párrafo, dos notas de belleza, una de violencia.

<sup>1</sup>Lustroso y resoplante, Junta fué a sentarse con las tres mujeres algunos kilómetros antes de que el tren llegara a Santa María; sonrió a las caras infladas por el aburrimiento, encendidas de calor, de bostezos y comentarios tragados de sueño. El verde de los campos próximos al río insinuaba <sup>ahora</sup> una debilitada frescura atrás del polvo de las ventanillas. “En cuanto les diga que estamos llegando empiezan a cotorrear, a pintarse, recuerdan que son putas y se hacen más feas, ponen caras de señoritas, bajan los ojos para mirarse las manos y se las miran como si nunca las hubieran usado. Son tres, no demoré quince días, Barthé puede estar contento; se va a reír, al principio él y todo el pueblo podría reírse. No tienen quince años, están vestidas como para cortar una digestión. Pero son gente, son blondas, son alegres, son entradoras, son curtidas y saben trabajar. No sé si cinco pesos al principio para pasar a diez o diez desde el primer día y al que no le guste que no vaya>>.”<sup>2</sup>

–Ya falta poco– se resignó a decir, con voz de entusiasmo, golpeó la rodilla de María Bonita y sonrió animoso a las otras dos, a la cara de niña de pecho de Irene, a las cejas pintadas de amarillo de Nelly; muy altas, rectas, dibujadas cada mañana para coincidir con el desinterés, la imbecilidad, la nada que podían dar los ojos–[2]

–Ya me imagino– dijo María Bonita –tengo el culo planchado.– Frunció la boca hacia la ventanilla e inició la apertura de carteras, la extracción de espejos, polvos, las barras de rouge –Me parece que esto no es como me estuvo contando, siempre pensé que la famosa Santa María era una lugar de mala muerte– ¿No verdad?

Nelly, la rubia flaca, detuvo la uña que usaba como espátula para emparejarse la pintura en la boca. “Para todos los gustos, pensó Junta, imposible más con sólo tres mujeres. Esta flaca que si sabe arreglarse pasa por pibita; la gorda, Irene, más estúpida que una vaca pero nadie va a negarme que tiene el tipo. Y María Bonita para cualquier cosa. Es una

---

1. Aquí comienza el capítulo I de la versión publicada.

2. Este signo “>>” es de Onetti: son las comillas que usa para marcar el monólogo interior. En la novela editada en 1964 pasan a comillas dobles normales.

mujer. Desde el principio sólo me trata cuando estamos solos. Si tuviera diez años menos, aunque nadie le adivina la edad, le pondría la firma>>

–Vos dijiste– ~~dijo~~<sup>asintió</sup> Nelly, mirando el espejito.

Irene, la gorda, se golpeaba los costados de la cara con la borla de los polvos, lánguida, sin convicción; tenía en el asiento el sombrero de paja, aludo, se torcía, a medias aplastado contra el respaldo. Hizo un semicírculo con el dorso de la mano en el cristal de la ventanilla para limpiarlo. Vió un arco iris de pasto reseco, de plantíos, de distancia gris y amarilla caldeada por [3] la tarde de cielo cubierto.

–A mí no me importa mucho– ~~dijo~~ Sonó su voz espesa y distraída – Claro que no es como en la ciudad. Pero me gusta el campo.

–Esto tenelo por seguro– dijo María Bonita; había terminado de pintarse, acomodarse el pelo, aplastar la pechera de su vestido; fumaba rápidamente y examinaba la mancha roja ~~que se acentuaba~~ en la punta de su cigarrillo, se acentuaba a cada vez que lo separaba de los labios; estaba erguida y tranquila en su asiento, ~~dispuesta a dominar~~ segura de su capacidad de dominar sin roces ni violencias. “Una mujer”, ~~volvió a dictaminar~~<sup>o</sup> nuevamente. Junta con cariño o severidad y orgullo. —No es B. A. No te creas que vas a andar de compras ni de fiestitas. Hay que quedarse en casa y trabajar y saber guardar el dinero.

–Naturalmente que para eso vinimos, hay que olvidarse de muchas cosas– dijo Nelly mirándose la dentadura en el espejito que había vuelto a sacar de la cartera

–Buenos Aires es muy lindo pero aquí estamos a lo positivo, nena. Cuánto faltará para llegar. Hoy quiero darme un baño, comer y dormir.

–No hay apuro– dijo Junta –Hay que terminar de vestir la casa, hay tiempo para descansar, hay que hacer las cosas bien.

–Me gusta el campo– dijo Irene entornando los ojos, alzando el redondo mentón hacia la ventanilla– Un poco de esto [4] no le hace mal a nadie. Aunque sea a escondidas, alguna vez podemos pasear y ver. ¿Pero hay un río? Usted dijo..

–Claro que hay un río– repuso Junta– Pero está del otro lado del pueblo. Y lugares para bañarse y una cantidad de chalets. A muchos, y que pueden, les gusta más esto que ir a Mar del Plata. Más tranquilo, ¿entienden? Sin gente y cada uno vive como quiere.

–Ya estamos en los desvíos– anunció y preguntó María Bonita; Nelly había levantado una cara fría y parpadeante, la pequeña nariz se adelgazaba sobre una boca repentinamente austera–

–Sí, apenas falta– dijo Junta

La gorda, Irene, sin escucharlos, trazaba cruces con la punta de un dedo en el polvo de la ventanilla–

–Si hay río, mejor– dijo– Siempre es más fresco y más animado. Pero aunque no hubiera, a mí me gusta el campo. Por más que esto no es campo del todo. Más que quintas parecen jardines.

–No se preocupe– dijo Junta– también aquí puede haber fiestitas. Y mejores.

–No le mire así la boca– rió María Bonita.

–No le miraba, le juro– dijo Junta –Pero, le [5] vuelvo a decir, es como si esa gorda no tuviera dientes ni huesos, como si cualquier cosa pudiera pasar por ahí. –Se rió con ellas y distinguió el edificio de la escuela experimental, ~~rosado~~<sup>ocre</sup> y ~~no~~ aislado en un campo desierto, en un aire inmóvil, como si el cielo gris y liso hubiera descendido para rodearlo; una bandera colgaba lacia, un camión cargado se inclinaba remontando la colina hacia la colonia. Proyectó contarles mentiras acerca de las plantaciones y las cosechas, citar cifras y los nombres de los tipos de trigo, insistir aunque aburriera ~~vagamente~~ [?] obligarlas a escuchar e interesarse, jugar ante nadie que había ido a buscarlas a Buenos Aires para que lo ayudaran en cualquier actividad ~~relac~~ ~~vinculada~~ relacionada con la agricultura, con las preocupaciones de los suizos de la colonia. Y aunque no dijo nada, y [?] aunque las cosas pensadas no pasaron de una línea blancuzca de saliva que se le formó en la sonrisa, <sup>?</sup>, mientras se ponía de pie y dejaba caer en las faldas de las mujeres bromas soeces apenas susurradas, pensó que la tentación de decir tonterías en aquel momento –estaban llegando a Santa María, el andén de la estación estaría lleno de gente, un grupo de hombres miraría desde la puerta del club, otro acomodaría las espaldas contra la esquina del hotel para esperar el paso del vehículo, que llevaría a las mujeres hasta el prostíbulo (estas [6] tres mujeres cansadas, feas y viejas por el viaje, vestidas con las grotescas cosas que habían comprado con el dinero adelantado<sup>3</sup>, ~~abandonada~~ ~~cada una a la~~<sup>im</sup> ~~personal~~ ~~sensación~~, dejándose cada una guiar por la imagen personal de Santa María que habían construido sus explicaciones, sus anécdotas, sus mentiras)–, pensó que el deseo de contar e imponer historias e informaciones agrícolas procedía de aquella sensación de vejez, <sup>de</sup> aquel miedo al acabamiento que lo había cercado, ~~en~~<sup>durante</sup> los últimos meses, en la pieza de la pensión, en el cafetín junto al río, en las horas de trabajo en la administración del diario. Era la hora del desquite, pero tal vez hubiera llegado tarde.<sup>4</sup> De todos modos, ~~estaba en la~~<sup>en esta</sup> última oportunidad tenía tres mujeres, todo el dinero necesario y las manos libres.

Terminó de alinear las valijas en el pasillo del vagón, estiró y examinó los puños de su camisa de seda. –Estamos en Santa María, gallinitas.

---

3. Aquí concluye el capítulo I en la versión publicada.

4. Del lado de este párrafo, en el margen izquierdo, en vertical: *altérase personalidad.*

Adelante, con buenos modos.— María bonita le sonrió al levantarse; cuando ~~quería~~<sup>quería</sup> ~~quería~~<sup>quería</sup> expresar cualquier cosa que se le antojaba importante, dejaba colgar la boca hacia la derecha, entornaba los párpados, y los ojos [7] que Carlota representa —o es ella misma la desgracia— sin despreciarla, sin ofender a Carlota ni a su locura, sin siquiera admitir la probabilidad de la locura. “~~Mirá sin~~” Ricardo.<sup>5</sup> “Mirá sin reírte” —dijo Tito— yo no podía reírme ni emocionarme; habíamos jurado estar indiferentes, ser a pesar cordiales si alguna de ellas lo necesitaba, pero él lo había olvidado —Aparte del grupo, sólo bajó una pareja de viejos; comenzaron con el changador y luego siguieron— el hombre, con bombachas, andaba torcido por la pequeña valija, ~~arrastraba las botas con las~~ sacudía la mano libre sobre la cabeza amarillenta de la vieja, casi enana —siguieron por el andén, alejándose hacia ~~los campos de~~ la tranquera de “El Triunfo”. —Junta —avisó Tito; sonreía sin gracia, el escaso mentón húmedo de sudor. Yo no había sido capaz de venir solo. Dejé de mirarlo, saqué un cigarrillo pero no lo encendí. El hombre que habían echado o se había ido del diario de papá bajó antes que ellas, colocó las valijas en el suelo, tomó una caja redonda de cartón que le alcanzaron las mujeres y casi dio un salto para ayudarlas a bajar, innecesariamente, sosteniendo apenas las puntas de los dedos de cada una. Junta tenía un traje nuevo, negro, un sombrero viejo que no le entraba en la cabeza, el pañuelo del bolsillo del pecho [iteg.] y parecía a punto de caer, los puños de la camisa [8] le llegaban hasta la mitad de la mano. Siempre había estado vestido de gris en la administración de “El Liberal”, humillado pero demasiado ordinario, demasiado viejo para tener lo que Julita llamaría una pena secreta. Supo, en cuanto la cosa empezó, que yo tenía una pena secreta <sup>y que no se trataba de la muerte de mi hermano</sup> pero tal vez ese sea su nombre para toda clase de tristeza. Junta vestido de gris, siempre abotonado y con la oscura corbata anudada, aun en verano, trepado en el ~~banc~~ taburete de la administración, la nariz curva encima de los ~~enormes~~ grandes libros de contabilidad y las manchas de tinta, las leyendas políticas grabadas a cortaplumas del pupitre. “Eran otros tiempos”, me dijo una noche papá; estábamos solos en el diario, [iteg.] balanceaba con nostalgia la cabeza mirando los navajazos en el pupitre, una mano abierta sobre mi hombro. <sup>No</sup> ~~tuve~~ miedo de que hiciera un discurso. <sup>Tuve miedo de que lo hiciera</sup> sin retirar la mano de allí. Vestido de gris, taciturno, sonriente cuando lo interrumpían y escondiendo entonces los anteojos sin armazón, Junta parecía dejar colgar sobre las columnas de los libros los ojos salidos, claros, sin expresión. Ayudó a bajar a la última mujer y las tres quedaron paradas frente a los bultos, golpeándose y alisándose las faldas; movían con prudencia los

---

5. Aquí comienza el capítulo II en la versión publicada.

cuellos para pasear sus expresiones inseguras desdeñosas y ausentes por el largo [ileg.] andén, [9] por el paisaje descolorido y quieto donde la pareja de viejos se empequeñecía titilante, donde, más allá de ~~las casa~~ terreno de la Experimental un rayo de sol, uno solo, delgado y claro, inconfundible, bajaba de la nubes, demasiado tarde ya para iluminar el primer día de las mujeres en el pueblo.

17-2<sup>6</sup>- Los changadores cargaban las valijas, la caja de cartón y se acercaron a nosotros, al trote y doblados, simulando el esfuerzo; uno de ellos, el más viejo, nos guiñó un ojo y nos mostró un diente; doblaron hacia la derecha, fueron golpeando las losas y la tierra con la suela de las alpargatas, cruzaron la puertita pintada de verde; acomodaron los bultos en el Ford de Carlos. Carlos fumaba, serio, sin moverse para ayudarlos, sin contestar a sus bromas, como si no estuviera allí o deseara no estarlo. Los dos hombres de azul se pasaban las manos por el sudor de las frentes. Tito y yo dejamos de sonreír, nos desprendimos las sonrisas, fatigosas, ya podridas, que podían expresar esto o aquello en lugar de la despreocupada solidaridad que habíamos resuelto ofrecer. Junta avanzaba medio paso delante de las mujeres, pero no separado de ellas; en la mano derecha, colgante, llevaba un ramo de flores rojas, [ileg.] <sup>raquíticas</sup> y mustias. No me miró o no quiso mostrar que me reconocía; tenía <sup>la actitud</sup>, el gesto dominado, <sup>victorioso</sup> <sup>solitario</sup>, perdonador y vengativo de quien regresa a la tierra natal después de un triunfo decisivo en el extranjero y lo cubría a medias con una alegre mueca transigente. Encabezando el taconeo de las mujeres en el andén, las guiaba con la victoriosa seguridad de su marcha, con el confiado balanceo del cuerpo, con [10] la atlética horizontal de los hombros, pero invisible para ellas, –los ojos salidos y la boca, las mejillas bien afeitadas y un poco colgantes construían sin insistencia una máscara bien humorada y tolerante, una insinuación diplomática de que él, Junta, no ~~pertenece~~ ~~enteramente~~ participaba por entero del destino de las tres mujeres ni estaba limitado por lo que ellas significaban. En el aire caluroso y velado de la tarde, moviéndose a compás sobre las formas y los colores y ~~los susurros~~ de las sedas, los sombreros, los adornos, las joyas, los rostros y los brazos <sup>desnudos</sup> de las mujeres, sobre el susurro de su excitada alegría, la sonrisa de Junta un poco adelantado y ellas tres en línea, moviendo las piernas a compás, la gorda maternal y vieja, la muchacha rubia, estúpida, demasiado flaca, la tercera en el medio, un poco más alta que las otras dos, justamente detrás de Junta a medida que venían hacia nosotros apoyados en la pila de bolsas de maíz, [ileg.] su cara descubierta y oculta por la oscilación

---

6. Evidentemente Onetti fecha fragmentos de su manuscrito, tal vez para medir su producción.

compadre<sup>7</sup> del cuerpo del hombre. Todas llevaban vestidos largos, apretados en la cintura, sombreros con frutas, flores y velos, rellenos y remolinos [11] de tela en las caderas; todas calzaban zapatos de ~~en~~ chatos de muchacha y los hacían sonar a compás contra el suelo. No parecían llegar de Buenos Aires sino de mucho más lejos, de años que nadie pudiera recordar con precisión, era como si llevaran uniformes complicados y fingieran no saberlo mientras giraban, tomadas del brazo, charlando con deliberadas estridencias, ~~un~~ medio metro más atrás del hombre de negro que las conducía, para dirigirse a la puerta de madera, abierta, verde, detrás de la que esperaban los dos changadores y se sacudía el capot del cochecito de Carlos. La mujer que iba en medio me miró un segundo cuando hacían el cuarto de vuelta para alcanzar el límite de los ligustros<sup>8</sup> y salir de la estación; quiso sonreírme pero solo pudo torcer la boca y entornar los ojos, desaparecía atrás del perfil de oreja de la rubia flaca. Llevaba una cinta de terciopelo negro para señalar la mitad exacta de su cuello. ¡Qué te parece [iteg.!] preguntó Tito, no quise mirarlo ni volverme hacia el ruido del coche; encogí los hombros y le rocé el brazo para que se diera cuenta. Estoy seguro de que, durante los minutos en que continuamos inmóviles contra las bolsas, junto al estrépito del tren que se iba, contemplando sin interés cómo se adelgazaba y se hacía pálido, hasta desa- [12] parecer, el rayo de sol que había tocado oblicuo los campos de la Escuela, él y yo estuvimos imaginando el paso del estremecido cochecito negro por el camino paralelo a los viñedos, por la carretera de la colonia, a través de algunas calles de la ciudad hostil, desierta, con sus puentes averiados bajas casas cerradas, ciegos y oscurecidos los balcones y las ventanas. Imaginamos a Carlos manejando, lacónico y fingiendo desinterés; el hombre vestido de negro, junto a Carlos, con la redonda caja de cartón encima de las rodillas, el puño blanco de la camisa devorando su mano hasta [iteg.] los tallos sujetos con hilo de las flores secas que empuñaba como un arma, imaginamos los fantásticos vestidos de las mujeres revueltos y apretujados en el asiento trasero, las faldas recogidas para defenderlas de las valijas tambaleantes; las vimos a ellas dentro de los vestidos planeados para deslumbrar y atraer a los machos de a la ciudad, las vimos ir descendiendo, sacudidas y golpeadas por los viejos inflexibles elásticos del viejo Ford, hacia la casa aislada en el bajo, cerca de la fábrica de conservas y las casuchas que la rodean, próxima a la franja de costa donde está el chalet de Marcos y sus amigos. Tito y yo las imaginamos temer y desanimarse mientras iban cruzando las calles

---

7. Se lee “compadre”, pero tal término parece no hacer sentido en el contexto de la frase a menos que se trate de una referencia al andar del compadrito.

8. Debajo de esta palabra hay dos manchas largas horizontales. Sugieren algo así como un subrayado de la palabra.

[13] de la ciudad clausurada, mirar con odio la nuca de Junta, agitada con menor violencia en el asiento delantero; alguna intenta disimular y aislarse oliendo la flor prendida en el pelo, el calor que asciende del inverosímil descote triangular. Las tres continuaban tomadas del brazo y hacían comentarios a gritos, ~~pero no consiguen ser más fuertes que la soledad de las calles~~ cuando los barquinazos<sup>9</sup> del coche les lastiman los riñones y les desacomodan los sombreros; pero el contacto de solidaridad, los recuerdos comunes y la resolución no bastan para defenderlas de la soledad de las calles que ~~Heva~~<sup>entra en el vehículo como los golpes de tierra</sup><sup>las nubes de tierra ardiente,</sup>; no al corazón a liberarlas de la negativa silenciosa que les repite Santa María, dormida y despoblada a las cinco de la tarde. Tito se aparta de las bolsas y se despereza; sin mirar a los empleados de la estación, paseamos dos veces el andén. Tito saca su pipa y se pone a cargarla, haciendo un embudo con la mano – ¿Qué te parecieron? –vuelve a preguntar– Mujeres –digo, sacudiendo mi mano, con desinterés. Atravesamos la puertita verde y vamos cruzando lánguidamente la plaza pelada; pienso en Violeta y en Celeste<sup>10</sup> las comparo con la mirada, la casi sonrisa de la [14] mujer que llevaba en el cuello una cinta de terciopelo.

–¿Y si fuera verdad? –dice Tito– ¿Si yo fuera asténico? No podría trabajar ni estudiar, cualquier esfuerzo me dejaría inútil por dos días. ¿Viste cómo me miró la mujer que iba en el medio? Pero es una vieja. No te rías, pero lo que más me impresiona es que uno pueda ir hasta la costa, pagar y acostarse con cualquiera de ellas. Sería perfecto poder hacerlo con las muchachas.

–Sería –digo, para qe<sup>11</sup> no deje de hablar.

A las once de la noche tengo que salir al jardín, rodear la casa y subir hasta el dormitorio de Carlota. [garabato] Estará vestida de negro, con un traje de duelo y de fiesta qe nunca le vi usar, qe no se puso antes de que empezara esto. Tal vez me haga besar el retrato de mi hermano y me obligue a explicarle cómo lo quería, me corrija, compare mi amor con el suyo.<sup>12</sup> Debe estar loca, pero es posible qe tenga razón, quién sabe si no esté de veras preñada y el hijo qe tenga va a ser, de aquí a dieciséis años, igual a mí.

Pedro<sup>Federico</sup> y yo éramos muy parecidos, todos dicen que tenemos los mismos gestos. Alguna vez me animaré a acompañarla al cementerio. Si es [15] cierto qe va a tener un hijo, lo llamará Pedro Eduardo<sup>Jorge Federico</sup>.

---

9. Palabra subrayada.

10. Ambos nombres y la conjunción aparecen subrayados.

11. Hemos mantenido en todos los casos la expresión abreviada del vocablo “que” que Onetti escribe “qe”.

12. Aquí concluye el capítulo II en la versión publicada.

–Después de todo, no pasó nada –dice Tito–. Las vimos bajar y se fueron. Tenemos que combinar para ir una noche a la casa.

Arranco una rama de un árbol y la voy partiendo mientras caminamos. Tengo mi secreto con Carlota pero no me hace en realidad, más fuerte. Si tiene un hijo lo llamará Eduardo<sup>Jorge</sup>, por mí, en agradecimiento al apoyo que dice que yo le estoy dando frente a todos los demás<sup>y el destino</sup>. Yo soy Eduardo<sup>Jorge</sup>, este que baja con arrogancia la calle desierta junto a la charla de Tito y al ruido que hace chupando<sup>13</sup> la pipa, es Eduardo<sup>Jorge</sup>, rey de los anglosajones, rey de Inglaterra, insaciable y perverso, creador de la orden de la Jarretera, asesinado en una torre, resucitado por preferir el título de gentleman al de rey y capaz de morir en cualquier momento por el solo placer de aniquilar la rama de los Estuardos. Le apreto el brazo a Tito y sonrío con paciencia mientras me explica que la astemia puede significar el mandato de que todas las energías que derrochamos en las vulgaridades de la vida común sean concentradas para la realización de un propósito extraordinario.

[16]

19-2<sup>14</sup>

Desde la costa, el auto rojo había corrido con una motocicleta delante y la otra atrás, las luces apagadas, apenas por encima de los 20 kilómetros, arrastrando el estrépito mezclado de los tres motores por el camino de tierra ~~de la costa~~ que flanqueaban e iban señalando en la noche sin luna las casuchas blancas de Enduro. Pero al tomar la pendiente de la carretera que ~~iba~~<sup>llevaba</sup> de la colonia a Santa María, la mujer sentada junto a Marcos ... ~~iba, como siempre, doblada para caber en el asiento, las largas piernas con pantalones alzaban la rodilla~~ lo vió sonreír, solo mostrar los dientes en el reflejo rosado del tablero de los instrumentos. –Por Dios, Marquitos –murmuró–. No lo hagas sin luz.– Ella iba, como siempre, doblada para caber en el asiento, las largas piernas con pantalones recogidos hasta casi ponerle las rodillas contra el mentón. Había venido mirando, con los ojos entornados para defenderlos de las nubes de tierra, el perfil sudoroso del hombre, la pequeña boca entreabierta que apuntaba hacia adelante, dolorosa, estupidizada. Cuando distinguió la sonrisa supo que había llegado el momento de tener miedo; pronunció la súplica ritual e inútil y se puso a rezar la oración a San (1)

El pequeño auto de carrera saltó ~~hacia~~<sup>hacia</sup> la nube de [iteg.]<sup>polvo</sup> que escondía a la primer motocicleta, se desvió hacia la ~~derecha~~ izquierda como si se abandonara el suelo para siempre y recorrió una curva estrecha

---

13. Del lado de este párrafo, en el margen izquierdo, en vertical: un corchete con la palabra OJO, abarcando desde “la pipa” hasta “los Estuardos”.

14. Otra vez Onetti fecha el fragmento.

e imperfecta, furioso, estremecido por la violencia creciente que no parecía nacer [17] de él sino haberse impuesto en la oscuridad de la tierra y a traerlo, indomitable. La sirena del coche rojo fue aullando, victoriosa, desafiante, excesiva, [hég-], mientras el cortejo subía las calles retintas de Santa María, rayaba la corta luz amarillenta de los faroles y bordeaba la plaza, despojándose gradualmente de la velocidad como de una loza concreta que se hubieran incorporado las máquinas<sup>está fuera</sup> en el viaje a través de la sombra, la extensión de la noche húmeda y sin lluvia. Escoltado por las motocicletas, cortando el grito de su sirena para ordenar silencio a los graves tonos que lo seguían, el automóvil rojo se detuvo en la esquina del hotel. Había una luz muy suave en la entrada, otra, dividida en barras horizontales, se apoyaba justamente en la ventana del bar. –Ratea –dijo Marcos alzando una pierna para salir del coche; saludó con una mano la sonrisa del portero del hotel que se desperezaba con disimulo en la puerta y se puso a patear suavemente los<sup>el</sup> gruesos caños de escape, niquelado. –¿Vos notaste que rateara, Isabelita? – La mujer se puso de pie en el asiento del coche y alzó los brazos hasta la altura de los hombros, los dedos colgando y moviéndose; el pantalón le formaba arrugas sobre sus angostas nalgas de muchacho, tenía una blusa adornada con nombres de ciudades –Antes me ayudas a bajar –dijo Isabelita, oscilando los brazos siempre extendidos –Antes me levantabas para sacarme del coche – Marcos sonrió y le ofreció una mano para apoyarse y saltó; volvió [18] a distraerse mirando el zapato que apoyaba en el caño, hacía girar bailar tres diminutas llaves alrededor de un dedo –Me pareció que rateaba –dijo a los dos hombres y a la mujer que bajaron de las motocicletas. –¿Tuviste miedo, petizo? – Volvió a sonreír, los pequeños ojos claros puestos como cosas en el la cara del muchacho ancho y oscuro que se acercó arreglándose el cinturón y tanteó con los nudillos el caño de escape. A espaldas de Marcos, Isabelita le había puesto una mano en un hombro y se besaba silenciosamente la pulsera de la muñeca.

–Siempre estás oyendo cosas raras –dijo el hombre de la segunda motocicleta, abrazando la cintura de la mujer que había traído; tenía anteojos oscuros, los dientes largos y salidos, un pequeño bigote sobre que repetía la línea del labio –Un coche como éste –Te digo que rateaba –insistió Marcos sin entusiasmo. –Vos anduviste esta tarde, Negro. – El muchacho bajo y corpulento, los pulgares en el cinturón, una pierna doblada, como la de Marcos, para apoyarse en el caño anillado, sacudió la cabeza en el silencio. Isabelita fue bajando la cabeza<sup>boca</sup> para besarse el antebrazo.

–No –afirmó el muchacho oscuro –No rateaba. Te habrá parecido –Retiró el pie del caño y fue retrocediendo, pensativo, las manos en la cintura, sin apartar los ojos de la carrocería roja –Una música de piano, confusa, comenzó a caer sobre la plaza y sobre las cinco cabezas [19]

inmóviles junto al automóvil –Digo –dijo Marcos –Porque el italiano me cobró quinientos pesos y si falla le hago comer el coche –Se volvió hasta sentir los senos de Isabelita contra el pecho –Hola –murmuró –Hola–silabeó ella, la cabeza hacia atrás, los ojos muy abiertos, sin apretarse ni retroceder –Vayan entrando –dijo Marcos. Se inclinó para mirarla. –¿Así que antes? Que te ayudaba a bajar –Antes te mojabas de ganas y ahora de miedo, cada vez que acelero. –No es cierto –dijo Isabelita, miraba desde abajo, inquisidora, suplicante, la cara inexpresiva del hombre, ~~donde la gordura iba alterando~~ medía sin querer las alteraciones que la gordura ~~infundía~~ causaba a los diversos rostros de Marcos reunidos en el recuerdo –No es cierto; a veces tengo miedo, pero no es así –No –dijo él –Que encienda los faros, que no me emborrache, que no salga en la lancha: Hago lo que quiera – Siempre hacés lo que querés. Siempre –Sin ~~dejar~~ abandonar el examen de la redonda cara sudada, tratando de ~~entender~~ ~~comprender~~ descubrir lo que contenían los pequeños ojos [ileg.] aclarados por la luz del portal, fue abriendo la boca para que la besara –Hago lo que quiero –dijo Marcos –Nadie puede impedir que haga lo que quiero. Pero vos no estás [20] conmigo. Ya no estás como antes –Sintió las rodillas que le tocaban las piernas, sonrió a la cara desviada del portero y se dobló para besarla, ~~estremecido~~, abrumado por el desánimo, por la ola de fría tristeza que le pesaba en la espalda. Ella recibió en la lengua la descarga del odio, calculó su intensidad y fue sonriendo, otra vez feliz y segura –Marcos –dijo. Él le mostraba los dientes al portero y, sin soltarla, estuvo esperando un motivo para pelear –¿Supo las novedades, don Marcos? –preguntó el portero. Entonces él la separó, sin volver a mirarla, y fue caminando hasta subir el escalón –¿Las mujeres? –dijo, mirando <sup>volviéndose para</sup> la noche en la plaza. –Eso no es novedad. ¿Es novedad para usted? No crea que es <sup>sea</sup> necesario importar sífilis de Buenos Aires. Pero a mí no me importa, a mí me parece bien para el que necesite alquilar mujeres <sup>por hora</sup>. – Desde la vereda, Isabelita te miró el gran cuerpo permeabierto, la sonrisa de sutil desesperación, el cinismo que los ojos trataban de segegar (sic) para cubrir la cara. Pensó que podía estar segura de él mientras lo sintiera lleno, movido por aquel odio incomprensible, única cosa que lo mantenía de pie y vivo.

[21] –Vení –dijo Marcos, tomándola por la cintura cuando ella subió el escalón. Alargó la mano con un billete hacia el portero –Por si me olvido. Esta noche va a ser brava, No, que no me digan que el motor no me rateaba –La apretó y ella <sup>le</sup> fue empujando [ileg.] <sup>al costado de una</sup> ~~las~~ pierna con las suyas –Oí a esa pobre diabla con el piano. En el conservatorio.– Isabelita ~~te~~ acomodó su cabeza en el hombro <sup>de Marcos</sup>, escuchó los pasos del portero hacia adentro, los golpes ~~del corazón de Marcos~~ <sup>la sangre</sup> en el pecho del hombre, veloces y espaciados, como ~~en el~~ si construyeran el insuperable

prólogo de una confesión. Dócilmente, escuchó las notas del piano, el vals lento que descendía hasta los canteros de la plaza. –No sabés si es una mujer –dijo –¿Cómo? –se burló Marcos– La conozco. Tiene una cabeza narigona con lentes, metida entre los hombres. Me da lástima, pobre infeliz. Algún día la voy a empujar contra una pared. Oí. Debe estar sola, a estas horas, segura de que nadie la escucha.

Apoyada en Marcos ella volvió a escuchar el vals, imposible de bailar; la música caía en la ~~in~~ noche invisible de principio de verano,

[22] Recordaba el paisaje que podía ser visto en los días luminosos desde la puerta del hotel – los verdes contrastantes de la plaza, la comba de las barrancas, la superficie endurecida del río y las líneas de espuma que la recorrían sin alterarla – penetraba en los aislados montones de hojas podridas por las ~~hleg-~~ lluvias recientes y <sup>y los primeros soles verticales de la estación</sup> removía y fortalecía <sup>excitaba</sup> su aroma dulce, melancólico, apenas repugnante –¿No estás triste? –arriesgó Isabelita –Yo estoy triste y feliz –Vamos adentro, ~~que~~ nos esperan –dijo Marcos, haciéndola girar sin violencia –¿Apostamos algo a que esta noche me emborracho? – En el mostrador los esperaban los vasos servidos; Marcos contestó el saludo del barman y sonrió, mirándolo, mientras apoyaba los codos y subía el taburete. Siempre le sonreía, cada noche que llegaba con Isabelita y los otros, para explicarle y confirmar que un hombre no debe tomar en serio a las mujeres, que es conveniente tolerarlas como a niños o <sup>a</sup> perros cuando se está fuera de la cama.

[23] Barthe–

¿Quiere más hielo, ~~don~~ Marcos? –preguntó el barman; copiaba, aterrado por el respeto, la sonrisa de-Marcos y evitaba mirar los ojos de las mujeres–encaramadas al otro lado del mostrador – Debe estar bien –dijo Marcos– Ya corregiremos en el segundo. Oiga: no quiero que me hable de lo que trajo el tren de las cinco. Ni a favor ni en contra. No me interesa. Parece que la gente sólo puede hablar de eso. Un día de estos vamos a empezar a disentir sobre los olores de los pozos negros. –Espió, enfurecido, la cara de Isabelita a su izquierda y se volvió hacia los otros tres que lo miraban en silencio e inmóviles.

–¿Vos no lo oíste ratear, Bob? – El hombre de los dientes largos golpeó suavemente su vaso con los anteojos oscuros que acababa de quitarse –Sí –consideró con su voz gangosa– Me estaba diciendo el Negro. Pero estoy seguro de que te equivocás. Probé ese auto hace menos de una semana. –Bueno, será –dijo Marcos y vació su vaso de un trago. Apretó la cintura de Isabelita hasta que la oyó reír y fue girando el cuerpo hacia el salón en penumbra. Reconoció, solitario, a Díaz Grey, el médico, fumando solitario [24] en una mesa. Sintió que empezaba a estar borracho y se esforzó en mantener una sonrisa de desprecio dirigida al pequeño cuerpo del hombre

hundido en el sillón –Algunos ya habrán empezado a calcular fichas –dijo para el mostrador. –No hagas lío, Marcos –dijo el Negro. Isabelita le tocó puso una mano en el hombro y él se sacudió, volvió a sonreír y fué girando el cuerpo con un suspiro de resignación –Son cosas que se dicen –murmuró el barman –Pero apostaría a que el doctor no tiene nada que ver –Todo esto, oígame –gritó Marcos– son porquerías de judíos –Pero no hay judíos en esto –sonrió el barman mientras llenaba los vasos– Y el doctor no es judío –Pero dicen–dijo Marcos, alzando su vaso. –Tal vez no lo hayan contado. Pero hay muchas maneras de ser judío –Eso sí–dijo el barman – Pero no el doctor –Habría que degollar a todos los judíos –cortó la mujer que se abrigaba con Bob, mirándole, en busca de coincidencia, la eterna sonrisa que los dientes imponían a los labios, el bigote castaño y cuadrado –Eso sí– confirmó Isabelita ~~buscand~~ persiguiendo en aire el vaso [25] de Marcos para brindar –Muchas maneras –repitió Marcos– Pero he dicho que no me interesa. No hay que discutir esto. Soy una persona decente. Un día de estos los vamos a correr como basura que son. Pero no se habla de la basura. – Por encima de los hombros, el barman vió a Díaz Grey encender un cigarrillo y mover un dedo para que le llenaran el vaso. Después del silencio,<sup>15</sup> del corto ruido de la lluvia, apagado enseguida, el muchacho moreno golpeó el mostrador con su vaso –Lo que yo pregunto –dijo– es por quién vamos a votar por ahora – Bob aumentó la desnudez de sus dientes y examinó sus anteojos a contraluz y se los puso –Como decía hoy Marcos ¿Verdad, Marcos? Tenemos que votar por nosotros. Y si eso no basta, entonces, cualquier cosa –Bueno –asintió Marcos– Esto de la democracia es un disparate. Por lo menos para la Argentina. En los países sajones, puede ser. Pero, como te decía, si la basura llega hasta tu casa hay que barrerla. Y de cualquier manera.

Desde su mesa, Díaz Grey se volvió para mirarlos mientras bebía. Vió las caderas anchas de los hombres desbordando los taburetes y las raquílicas nalgas [26] de las dos mujeres, vió los brazos que rodeaban los hombros, el balanceo de los cuerpos acompañando una canción [ileg.] interrumpida por risas y algún <sup>corto</sup> grito que intercalaban las mujeres echando las cabezas hacia atrás, mostrando <sup>inútilmente</sup> las gargantas al barman – vió los vasos alzados y oscilantes. La lluvia regresaba, tímida, creciendo, pareja y serena como si se adormeciera. Alrededor de la sabiduría y la confianza, la contenida excitación de Junta, las mujeres estaban tomando mate, interesándose, y ~~bosteando~~ aplastando bostezos, viendo cómo ardía y se gastaba esta primera noche en la casa de la costa –Si quieren pelea, si la están buscando –dijo Marcos– la van a tener. Pero de frente, a cara descubierta

---

15. Aquí comienza el capítulo III en la versión publicada.

–Seguro –dijo el Negro– Ustedes leyeron del Ambassador? No tiene más que dos motores Centaurus de 2,700 caballos. Pero te da más de 400 kilómetros en velocidad de crucero –¿400 kilómetros? –repitió dudoso Bob mirando el perfil ~~que~~ de Marcos unido al vaso – No es mucho – dijo Marcos –Ya sé –asintió el Negro, desdeñoso y cortante– No es un supersónico. Pero sino es [29]<sup>16</sup> el avión más hermoso que se ha hecho hasta ahora...–¿Yanqui? –preguntó Bob –Inglés –dijo el Negro –Mañana te voy a mostrar la revista y después me decís – Tomadas del mostrador, echadas hacia atrás, la mujer con pantalones y la que llevaba polleras, se miraron <sup>e hicieron</sup> ~~cambiaron~~ una sonrisa triste, detrás de fuselajes, cilindros, velocidades, radios de acción y sintieron por un instante que tenían algo decisivo para decirse y parpadearon, abúlicas y soñolientas, seguras de que nunca habrían de descubrirlo. Díaz Grey las vio <sup>cambiar</sup> preguntas y encoger los hombros; regresar los pechos al mostrador, el mundo de los varones. Imaginó – la lluvia continuaba, sin violencia, <sup>estática</sup> como una extensa superficie revelada sobre la tierra por el sonido – imaginó un Junta borracho por las botellas compradas para la celebración del primer día, un Junta conmovido por la revancha, por la esperanza y la [ileg.] de una victoria conseguida a los 50 años, un Junta desaprensivo, cegado por el triunfo y el orgullo, capaz de revelar a las tres mujeres reunidas en ~~la casa~~ el chalet casi sin muebles de la costa, el secreto de la empresa y el verdadero, increíble [30] móvil que él estaba obedeciendo. Imaginó, sin fé, las reacciones de las mujeres, el frío y la desconfianza, ~~las frases~~ palabras <sup>únicas</sup> <sup>sucias</sup> con que tratarían de imponer la normalidad al mundo. En el mostrador, como todas las noches, <sup>los tres hombres</sup> hablaban de motores y de hazañas automovilísticas; tomadas del brazo, las mujeres habían atravesado, lentas y susurrantes, el gran salón oscurecido que separaba el bar de los tocadores. ~~De manera.~~ Entre confusas visiones de las mujeres orinando, pintándose ante el espejo, manteniendo con entusiasmo su charla estéril e incesante, el doctor Díaz Grey imaginó el sueño o el insomnio de Barthé en el dormitorio sobre la Farmacia y Droguería, en aquella noche de lluvia, en el principio de realización de su viejo ideal civilizador. Lo veía, gordo y horizontal, con blanduras femeninas <sup>que</sup> rodeando y suavizando la cabeza calva en reposo y le era imposible dejar de atribuirle un casto camión de franela, idéntico al que había usado Junta Cadáveres en la entrevista de fines de invierno.

próximo a la respiración del muchacho empleado [31] le llegó en el sótano de la droguería, mientras vestido con un largo guarda polvo recién lavado respiraba el olor de la bolsa de tilo que sostenía abierta un empleado

---

16. En el manuscrito la página 27 es blanca y la 28 tiene impresos los monumentos de Cristóbal Colón y Juan de Garay con una descripción impresa de cada uno de ellos.

En cuanto a Barthé, la hora del triunfo, él sí que venía a quebrar doce años de negativas, a superponerse contra el recuerdo <sup>y reavivarlo-</sup> de doce sesiones inaugurales del Concejo en las que había pedido la palabra, apenas terminado el discurso del presidente, apenas atenuados los aplausos, <sup>apenas</sup> usando los seis pares de ojos se volvían hacia él, expectantes, amistosos y burlones, para pedir que se tratara el proyecto que había depositado una semana antes en secretaría; impasible, más blancas las redondeces de la cara, los pequeños ojos alzados por encima de la mesa ovalada y sus cartapacios, por encima de la burla que dejó de ser manifestada después del segundo año y del escándalo que se hizo silencioso a partir del primero, fijos en el busto de Urquiza que remataba la biblioteca, Barthé pronunciaba las frases necesarias al rito, demostraba oficialmente –tal vez sólo para esto hubiera votado la creación de un puesto de taquígrafo cuando la mayoría pasó de los conservadores a los radicales– y comunicaba a la posteridad haber nacido en un cuarto de siglo de anticipado y se sentía firme y sin pasiones en pos de morir por sus convicciones – “No voy a fundar el proyecto porque viene acompañado de sus fundamentos y ha sido repartido entre los señores concejales!” “Si no hay objeciones –decía el presidente– Se votaba: seis votos contra el de Barthe (sic) luego pasaban a discutir sobre alcantarillas y recorridos tranviarios. Renunciaba velozmente a la absurda, breve esperanza, se despojaba de la prevista amargura y se disponía [32] a mezclar su voz aguda y acariciante con las demás voces, sus pensamientos con los ajenos. Ya nadie lo acusaba de querer aumentar las ventas de sal [ileg.] de la droguería; nadie conquistaba un lugar, una probabilidad de eternizarse en la crónica local llamándolo el Sarmiento de los prostíbulos. Seis votos por la negativa, algunos gestos evasivos, una preocupada admiración en las caras que se resolvían a enfrentarlo; eso era todo, desde un mes de marzo hasta el siguiente.

–No quiero molestarlo– gritó el doctor Díaz Grey, inclinado sobre la trampa abierta del sótano. Barthé estaba invisible; el médico hablaba en la luz amarilla corrida ~~sobre la~~ en la madera polvorienta de los escalones, con los ruidos de la caldera que empezaba a calentarse, con el melancólico olor de la humedad, de los yuyos, del frío. –Tengo que hablarle y es mejor que sea ahora...– La palabra urgente había sonado falsa, excesiva, al caer por la boca cuadrada del sótano. –Si para usted es lo mismo, bajo.

–Doctor...– La cabeza redonda de Barthé surgió casi horizontal, sonriente, entre las sombras retintas y las zonas de claridad mezquina de allá abajo; dos palmas abiertas mostraron una débil desolación. □¿No prefiere esperar un momento?

Díaz Grey empezó a bajar, de espaldas, el sombrero y los guantes en una mano, el impermeable barriendo el polvo de los escalones, su atención

puesta en proteger el traje azul, recién estrenado. Sintió en su mano la mano blanda e inmóvil del otro, observó la blanca [33] sonrisa redonda, la leve excitación que ruborizaba las mejillas carnosas y frescas, el vello rubio y gris que agrupado en la unión de las clavículas –

– Mi querido doctor ...– le miró los ojos, bondadoso y estremecido, la cabezota hundida en el ridículo como en las curvas de grasa que la rodeaban y en que retrocedía el mentón torpemente, le quitó el sombrero y los guantes y lo fué empujando hacia el centro del sótano, donde bajo una luz amarilla el muchacho equilibraba una bolsa con las rodillas y la mantenía abierta. –Parece haber elegido el momento exacto de todo el día en que no puedo atenderlo como merece. Hasta hace unos minutos estuve aburriéndome arriba. Puede ser que haya más enfermedades con tiempo lluvioso; pero no hay más compradores clientes. Quería revisar estas dos bolsas de tilo. No me gusta empaquetarlo si está muy fresco y además hay que saber distribuir las flores y las hojas en los paquetes. Pero ya estoy con usted. Un poco para acá, querido, así –el muchacho se inclinó y torció la bolsa; esperó a que Díaz Grey no lo mirara para examinarle rápidamente la cara. –Muy fresco y con este tiempo...– Díaz Grey reconquistó su sombrero y sus guantes, se excusó con un sonido de risa. Otros aromas llegaban desde las pilas en contra las paredes del depósito, rodeaban el del tilo y lo carcomían. –Gracias, querido– dijo Barthé. Se dobló hacia la bolsa y hundió en ella un brazo desnudo; con los ojos entornados, alzó [34] un puñado de tilo hacia su cara y lo estuvo oliendo, lo hizo girar, aplastándolo, contra la nariz y los labios. La estrecha frente del muchacho se mantenía inclinada. –Sí– dijo Barthé, dentro del puñado de tilo. –Fresco, demasiado fresco.– Abrió la mano sobre la bolsa.– Es mejor volver a cerrarla. Si necesitamos, siempre podemos poner un poco a secar. ¿Quiere que subamos, doctor?– Mientras el muchacho arrastraba la bolsa fuera de la luz, dirigió a Díaz Grey una cara que mostraba la felicidad y los cincuenta años, como si ambas cosas hubieran estado ocultas allí desde siempre y él las revelara con el propósito de sorprender. Se limpiaba el polvillo dorado del labio y los agujeros de la nariz. –¿No es maravilloso oler eso? Todas esas bolsas de yuyos. Mundo mejor el campo, claro. Pero aquí están las plantas reunidas. Ni hay nada más limpio que la naturaleza, doctor.– Tomó para palmearla, para poseerla en la suavidad y la tibieza, la mano libre del médico; una vez más, Díaz Grey, lo sintió intacto y mutilado, más allá de la sexualidad. –¡Ah! Pero perdóneme. Desde el principio pensé que esa urgencia en hablarme se refería a mí, a lo que pudiera interesarme. ¿Y si se tratara de usted? ¿Necesita algo?– Sin poder soltar<sup>liberar</sup> su mano, mirando la apática inquietud en la cara redonda y blanca que brillaba próxima a la lámpara desnuda, Díaz Grey sonrió e hizo una voz [35] baja y suave

para contestar. Sentado en el suelo, maniobrando en el agujero de la bolsa situada entre sus piernas, el muchacho los observaba con disimulo.

–No– dijo el médico. –Se trata de usted. Arrizaga estuvo en mi consultorio. Ya me había dado algo a entender en el hotel. Fue esta tarde a verme y me encargó que le transmitiera una proposición concreta.

Barthé soltó la mano del médico y dejó caer los brazos. La cara era todavía los cincuenta años pero ya no la mansa felicidad; era los cincuenta años más la austeridad, <sup>más</sup> la conciencia del deber, más la indignación y la lástima.

<sup>pues</sup> –Sí –dijo, recogiendo el murmullo de la voz del médico. –Quiere que le vote la concesión del puerto.

–No me mire así–dijo Díaz Grey.–Yo no le propongo nada , ni me interesa. Es Arrizaga.– Inútilmente, golpeó su sombrero con los guantes– No– susurró Barthé.– Sin necesidad de mirarlo, Díaz Grey veía la pequeña boca rosada saliente e incorruptible. –Y no se trata de una concesión del puerto. Apenas del servicio de changadores. –No–resopló Barthé. –Da ganancias. Será un mal servicio, puede ser que esté desorganizado. Pero dá ganancias. Esas ganancias pertenecen a la comuna. Y aunque representaran pérdidas; los servicios públicos deben ser administrados por la comuna, deben ser socializados, puesto al servicio del pueblo.

[36] –Sí –dijo Díaz Grey, para contenerlo, pero el otro continuaba hablando en voz baja, como si transmitiera secretos al oído.

– Que esperen. Hoy tenemos sólo un concejal socialista. Pero ya veremos. La verdad no puede ser escondida indefinidamente, doctor. Con el nuevo plan de escuelas en la provincia. . . Ellos, radicales y conservadores, lo apoyaron por razones de prestigio; no sabían que se estaban suicidando.

Hubo un silencio y lo ocupó el rumor de la lluvia, arriba <sup>separado</sup> ajeno <sup>de ellos</sup> como un recuerdo, removiendo la sensación del frío y de la tristeza tenaz de los anocheceres. El muchacho se puso de pie y acomodó la bolsa entre su brazo y su hombro.

–Usted lo sabe mejor que yo, doctor –murmuró la cara gorda, paciente y dolida. –No quiero hacerle un discurso.

–Espere– dijo Díaz Grey– Estoy muy apurado, tengo que ir hasta la colonia. Arrizaga quiere su voto para eso del puerto. Si usted vota con los tres conservadores, ellos se comprometen a votarle el proyecto del prostíbulo. ¿Comprende?– Solo quiso ver ~~el~~ <sup>la</sup> cara durante el primer segundo en que empezó a desinflarse de dignidad; tal vez la ~~haya mirado~~ estuvo mirando hasta que fué visible la resurrección [37] de la esperanza, hasta que la cara mostró la consternación que acompaña a las grandes alegrías estériles, hasta que los ojos, la boca y la mandíbula, despegadas de la grasa, proyectaron hacia él una expresión rapaz y masculina.

–¿Comprende? – repitió, haciendo resbalar los dedos de los guantes en la cinta del sombrero. –Y todavía más. Ofrecen votarle el prostíbulo antes a cambio de su palabra de que votará la concesión del puerto dentro de quince días o un mes. Sé cuánto le interesa; por eso vine. No fue por ellos.

Desde el estante junto al techo en que el muchacho trataba de acomodarla, la bolsa de tilo cayó con un golpe seco y liviano, quedó torcida y abierta, dejó escapar un grueso chorro verde. Encima del perfume del tilo, con el guardapolvo blanco agitado como si una furiosa tormenta hubiera entrado en el sótano, Barthé sacudía los brazos e insultaba ~~los ojos~~ el miedo del muchacho que se sostenía sobre ellos, colgado de una viga para mirar. Díaz Grey vió los ojos llenos de lágrimas en la cara gorda y encendida, escuchó el temblor que ~~le~~ imponía pausas a la voz [38] aguda y sollozante. El muchacho gateó entre los bultos del estante y empezó a descolgarse.–

–Tengo que irme –dijo Díaz Grey.

–Doctor. . . Perdone todo esto.– Pero cuando Barthé movía los brazos no ~~quería~~<sup>trataba de</sup> señalar el sótano de la droguería, la luz escasa, ni los movimientos encogidos del muchacho alrededor de la bolsa y del tilo derramado. – Perdóneme. Quiero hablar con usted, quiero pensar. Cualquier cosa que le dijera ahora...<sup>17</sup>

---

17. Aquí concluye el capítulo III en la versión publicada.